

Entre la geografía real y la fantástica: «Ultima Thule» en las letras griegas y latinas

*Para Meinhardt y Jutta y los demás amigos que
se me quedaron en las entrañables islas Feroes*

En una deliciosa novela —«historia septentrional»—, una de las de los ricos argumentos tanto que se desbordan a sí mismos, la que se ha llamado por Arturo Farinelli «el último sueño romántico de Cervantes», y no sería necesario precisar que nos estamos refiriendo a *Los trabajos de Persiles y Segismunda*¹, cuando al final, ya cerca de Roma, se descubre quiénes son Periandro y Auristela, él le dice a ella:

También te he dicho cómo en la última parte de Noruega, casi debaxo del Polo Artico, está la isla que se tiene por última en el mundo, a lo menos por aquella parte, cuyo nombre es Tile, a quien Virgilio llamó Tule en aquellos versos que dizen, en el libro I *Georg.*:

*...ac tua nautae
numina sola colant; tibi serviat ultima Thule.*

¹ Lib. IV, cap. 12. Por cierto que continúa el texto cervantino: «Más adelante, debaxo del mismo norte, como trecientas leguas de Tile, está la isla llamada Frislanda, que aurá quatrocientos años que se descubrió a los ojos de las gentes, tan grande, que tiene nombre de reyno, y no pequeño». Estamos manejando la erudita edición de Schevill y Bonilla (Madrid 1914). Sobre Frislanda véanse sus notas a las pp. 319-24. Limitémonos a consignar, con referencia a lo que escribiremos después, su cita del navegante veneciano Niccolò Zeno quien, al publicar en su ciudad el año 1558 el relato del supuesto viaje septentrional que él mismo había hecho con su hermano Antonio, hizo de la fabulosa isla «una combinación ficticia de Islandia y de las Feroe» (véanse también las pp. xix-xxi de esta edición). Y advirtamos que todavía más al final, es el mismo Cervantes quien cita a Nicolò Zeno (= Nicolás Temo).

Que Tule, en griego, es lo mismo que Tile en latín. Esta isla es tan grande, o poco menos, que Inglaterra, rica y abundante de todas las cosas necesarias para la vida humana.

Los editores de la obra, Rodolfo Schevill y Adolfo Bonilla, escriben a propósito de éste y los demás pasajes «geográficos» de la misma, estar «nada más lejos de la verdad la muy común idea de que Cervantes revela extensos, si no exactos conocimientos respecto del norte de Europa»². Una Thule fantástica, pues.

Y por cierto, según vamos a ver, no la única. Aunque se disfrace de real, incluso con sus ribetes de cartográfica³.

¿Un tanto en el mundo tan literario como vital creado e iluminado en nuestros días por el genio de Alvaro Cunqueiro?

Pero ése no fue, desde luego, al menos en sus aspiraciones intelectuales al fijarse en ella, el caso de Isidoro de Sevilla. Llamándola Thyle también:

Thyle ultima insula Oceani inter septentrionalem et occidentalem plagam ultra Brittaniam, a sole nomen habens, quia in ea aestivum solstitium sol facit, et nullus ultra eam dies est. Unde et pigrum et concretum est eius mare. *Etym.* 14, 6, 4.

«Última isla» que vale tanto como última tierra. La cual además de ser así denominada, por ese su topónimo concreto, nos parece llevar consigo alguna connotación de habitable. E incluso de habitada. Algo en consecuencia, no ya sólo definidamente geográfico, sino tendente a la geografía humana. Por lo tanto incluido de pleno derecho en el capítulo que trata *de terra et partibus*.

2 P. xi de su edición.

3 A diferencia de otros recursos meramente literarios al hechizo de su toponimia que ni siquiera pretendieron llegar a la geografía imaginaria. Es el caso de las poesías de Francisco Villaespesa *La copa del rey de Thule* (1898-1900), donde sólo en la ofrenda —un soneto— inicial y en el poema *Los cruzados de Thule* se menciona el nombre del título. Y en ambos casos, al parecer sin reclamo nórdico alguno, pues en el primero la referencia es al «vino celeste de pálidas Thules» «escanciado por la estrella», pero luego de ser citados el Chipre, el Champaña y el Jerez; y en el segundo consiste en una exaltación de los mártires y los monjes de aliento más bien paganizante.

Lo que nos permite dejar de lado esa otra alusión del Sevillano a la extremidad boreal colocada en el libro de *mathematica*⁴, más astronómica y geológica, con otra tendencia muy diversa, hacia lo abstracto que osamos decir: *ultima pars [mundi] septentrionalis est*⁵.

Ahora bien, y volviendo a Thule, Isidoro se ha colocado al escribir acerca de ella en su postura de sabio, de conecedor de la ciencia de su época y depositario y transmisor de la pasada. Y en este punto concreto, insistimos, de sabio geógrafo, dentro del *quadrivium*, no de experto en las lides poéticas en el *trivium* apacentadas. Mas, lo repetimos, no siempre fue así.

Porque esa la última isla que a la vez era la última tierra al norte, por su tal misma condición extrema y a pesar de su realidad, en otras mentes y plumas no llega a la corporeidad planetaria. Sino que se queda —¡o se va más allá!— en un símbolo, en el del postrer confín.

Y de esa ambivalencia entre la geografía real y la fantástica queremos mostrar algunos hitos en este nuestro viaje de hoy por el mundo antiguo y medieval del que ya comenzábamos viendo cómo se hizo eco Miguel de Cervantes en su extremo aliento.

LA GEOGRAFIA VIVIDA DEL MARSELLES PYTHEAS

A partir del año 300 antes de Cristo se conviene en situar la vida y la gesta del griego massaliota Pytheas, de biografía apenas conocida y escritos perdidos, pero de quien sabemos lo bastante para reconstruir su imagen, de

4 *Etym.* 3, 30. Véase sobre este pasaje J. Fontaine, *Isidore de Séville et la culture classique dans l'Espagne wisigothique* (Paris 1959) pp. 471-72.

5 Concuerta con *ultima pars septentrionalis* y *ultima vero atque extrema septentrionalis*, en *De natura rerum*, 9, 3; los *extremae* de Virgilio (*Georg.* 1, 235-6) recubiertos por el hilo azulado, y los *mundi pars ima* de Lucano (4, 106-7) patrimonio de las nieves perpetuas, poetas ambos que Isidoro cita en este pasaje. ¿Permitiéndonos incluso cuestionar la afirmación de Jacques André, si bien formulada sobre todo para *de rebus rusticis*, de que a pesar de reflejar «le nombre de textes poétiques l'importance attribuée par l'antiquité à la poésie, manifestement les poètes ne sont pas des sources directes des *Etymologies*?»; edición de Isidore de Seville, *Etymologies. Livre XVII* (Paris 1981) p. 7. Cf. J. Pérez de Urbel, *Isidoro de Sevilla* (Barcelona 1940) pp. 213-5. De las *Etimologías* manejamos la edición de J. Oroz Reta y M. A. Marcos Casquero (con estudio de M.-C. Díaz y Díaz) en la BAC, 433-4 (Madrid 1982-83).

viajero y navegante ante todo, dominado por la pasión de andar y de ver, y precedente y consecuentemente de científico que al servicio de aquélla utiliza sus saberes y después consigna los progresos resultado de su propia experiencia, *Sobre el Océano y Descripción de la tierra*.

Mediterráneo, hombre del mediodía, sintió la seducción del Norte y no se conformó con circunvalar la Gran Bretaña, sino que entre su tal rodeo del Oeste y Este de ésa se adentró en las latitudes recónditas más septentrionales pasando las fronteras del misterio.

Y así fue como descubrió, luego de seis días de navegación desde el norte de la tal Britania, la isla de Thule, a la cual parece debió llegar precisamente en torno al solsticio de junio, ya que el único pasaje suyo que conservamos, recogido literalmente por el astrónomo Geminus de Rodas⁶, consiste por casualidad en una descripción del mismo concordante con la que hemos transcrito de Isidoro de Sevilla⁷:

Los bárbaros me señalaban el lugar donde se ponía el sol. Porque en aquellos parajes la noche era muy corta, ora de dos ora de tres horas, de manera que el sol volvía a salir al poco de haberse puesto.

Y la tal isla se extendía hasta donde el horizonte aparece dominado por las estrellas que denotan el Círculo Polar Artico.

Geografía real, sí, esta de Pytheas. Pues los ataques desenfadados y desconfiados de que a ése hicieron blanco Polibio y Estrabón han debido ceder ante el rigor revisionista de los sabios modernos que le han reivindicado, desde los que ya, cumplido con creces el centenario, han pasado a ser historia de la erudición —tales Federico Guillermo Bessell⁸, Joaquín Lelewel⁹ y Carlos Víctor Müllenhoff¹⁰—

6 *Introducción a los fenómenos*, 6, 9. Hemos manejado la edición de G. Aujac («Les Belles Lettres»; Paris, 1975) p. 34. Véanse las pp. 136-7 sobre la latitud de Thule según los autores.

7 A propósito de que la duración de los días varia según la región o la ciudad, siendo más largos hacia el norte: *Y sin duda a ese especie de países llegó Pytheas el massaliota. En todo caso, en su tratado «El Océano» declara. Y sigue la cita transcrita.*

8 *Pythéas de Marseille et le géographie de son temps* (Paris 1836).

9 *Über Pytheas von Massilien* (Göttingen 1858).

10 *Deutsche Altertumskunde* (Berlin 1870). También: A. Ziegler, *Die*

hasta los de hoy mismo¹¹, dando la razón a quienes de los antiguos acogieron sin recelo sus noticias al fin y al cabo autenticadas.

Aunque uno de ellos sencillamente para situar en la isla, al fin y al cabo todavía ignota, una dialogada novela amorosa. Se trata del también griego Diógenes Antonio¹², autor de los veinticuatro libros *De las cosas increíbles que se ven más allá de Thule*, que curiosamente nos ha sobrevivido en parte por el tan inesperado intermedio del *Myrobiblion*, obra de un personaje así de insospechado en estos pagos como el patriarca Focio¹³.

EL SUPREMO SIMBOLO POLITICO DE VIRGILIO

Si verisimo vati velut oraculo crediderimus, escribió nuestro gaditano Columela¹⁴ del Dulce Mantuano. De quien arriba veíamos cómo el personaje nórdico cervantino recordaba el pasaje que en las *Geórgicas*¹⁵ menciona la última Thule. ¿La isla real también esta vez, dejando así buena la fe de la frase columeliana? ¿O en la misma vagarosidad cervantina?

El poeta, al comienzo de su libro, se está dirigiendo al emperador, a Octaviano César Augusto concretamente, dudando de cuál será la asamblea de dioses de la que formará

Reise des Pytheas nach Thule (Dresde 1861); G. Mair, *Ultima Thule* (Villan 1894); y P. Masson, *Le «poumon marin» de Pytheas* (Congrès des sociétés savantes 1922).

11 De la etapa intermedia: Antonio Blázquez, *Pyteas de Marsella. Estudio de su exploración del occidente de Europa* (Madrid 1913); y sobre todo G. E. Broche, *Pythéas le Massaliote, découvreur de l'extrême Occident et du Nord de l'Europe* (Paris 1935). Es útil la consulta de A. Ballesteros Beretta, *Génesis del descubrimiento* («Historia de América» dirigida por él mismo, III; Barcelona 1947) pp. 1-90, a pesar de lo incompleto de algunas referencias. Entre los primeros de la modernidad Jean Baptiste Bourguignon D'Auville, *Mémoire sur la navigation de Pythéas à Thule et observations géographiques sur l'Islande* (Académie des Inscriptions et Belles Lettres, tomo 19; 1774).

12 De incierta cronología, entre la inmediata posteridad de Alejandro y el siglo III de nuestra era.

13 Recogidos otra vez esos fragmentos por Franz Passow en su «Corpus eroticorum Graecorum».

14 *R.r.*, 1, 4, 4.

15 *Geórg.* 1, 29-31.

parte cuando sea divinizado, *quem mox quae sint habitura deorum concilia incertum est*, si de la geocracia que cuida de las tierras, de la talasocracia que tiene a sus pies el mar o de la astocracia que cuenta con sus sedes en el firmamento:

*an deus inmensi venias maris, ac tua nautae
numina sola colant, tibi serviat ultima Thule
teque sibi generum Tethys emat omnibus undis.*

Versos típicamente virgilianos, «rezumando como toda su obra esa admiración característicamente romana por la gloria, y de veneración por el *mos maiorum*», en palabras que tomamos prestadas del prof. Manuel C. Díaz y Díaz¹⁶.

Y así las cosas, dentro de este contexto, la respuesta está clara. Thule es una isla, pero el poeta recurre a su ejemplo cuando está refiriéndose al mar. Y es porque no la tiene presente como tal isla, como una tierra concreta, en sí, sino cual la extremidad del mundo, como el último nombre geográfico del planeta más allá del cual ya no se concibe nada. Y cual una extremidad que es marina, que hace de frontera a los navegantes más audaces, a guisa de un punto en el océano, el postrero. Desencarnada por lo tanto de su condición insular y terrestre. Y en consecuencia de su realidad geográfica.

Por lo tanto, si no convertida en pieza de una geografía fantástica, como era el tardío caso del novelista alcaláino, sí en el símbolo de una glorificación política que ha llegado a la metamorfosis religiosa. En el de un «ascano sin nombre y sin límites»¹⁷ que por eso viene pintiparado para ejemplificar el poder cesáreo¹⁸.

¹⁶ *Virgilio poeta* (Simposio virgiliano; Universidad de Murcia, 1984) pp. 165-80.

¹⁷ La expresión es de Aldo Marsili en su edición de las *Georgiche* (Milán-Mesina 1959) p. 19. A propósito del mismo pasaje, Servio había recordado al por nosotros citado novelista Diógenes Antonio.

¹⁸ Es curioso cómo la noción monárquica de Isidoro, aunque su concreta referencia a Thule nada tenga que ver con ella ni con esta virgiliana, parece concordar en esta trascendencia para la misma de la Geografía con la del Mantuano; «il semble donc qu'au regard d'Isidore, la monarchie désigne moins l'unicité du pouvoir —la forme monarchique de gouvernement— que la domination d'un seul sur une large portion du monde. En d'autres termes, l'extension géographique de ce pouvoir compte autant que

ECOS DE LA THULE REAL EN LAS LETRAS CLASICAS LATINAS

En su biografía de Julio Agrícola¹⁹, Tácito describe geográficamente la Gran Bretaña, el *Britanniae situm*. Alude allí a cómo una flota romana, al doblar la extremidad norte de Escocia, demostró que aquélla era una isla y sometió el archipiélago de las Orcadas. Y, según era de esperar, se arredró ante nuestra última tierra, también insular. *Dispecta est et Thyle, quia hactenus iussum et hiems adpetebat*, pues el mar era a su altura *pigrum et grave*²⁰ para los remeros, sin vientos que le agitasen a consecuencia del desacostumbrado espaciamiento de las tieras y las montañas las cuales son la *causa et materia tempestatum*, con la consecuyente ininterrupción de la masa acuática, de manera que *profunda moles continui maris tardius impellitur*.

Por su parte, Pomponio Mela²¹ señala un retroceso en sus conocimientos geográficos en cuanto a Thule afectan, ya que la coloca frente a la costa de Escitia, para él extendida desde la Sarmatia —que a su vez sitúa al oeste del Vístula— y los confines de Asia, aunque ello refuerza si cabe su idea de septentrionalidad: *Thyle Belcarum*²² *litori adposita est*, y siguiendo ya con la castiza versión de Jusepe Antonio González de Salas²³

celebrada en los versos de los griegos y de nuestros romanos. Las noches son en ella muy breves, porque sale allí el sol para ponerse muy tarde. En el invierno, como en las otras partes, son oscuras, pero claras en el estío, pues por entonces, acercándose él mismo ya más levantado, aunque él no se vea bien, con su luz vecina ilustra los distritos que están cerca. Mas en el

son unicité» (M. Reydellet, *La royauté dans la littérature latine de Sidonie Apollinaire à Isidore de Séville*, Roma 1981, p. 519).

¹⁹ Agr., 10.

²⁰ *Vie d'Agricola* (ed. E. de Saint-Denis; «Les Belles Lettres»; 2ª ed., Paris 1948) p. 8; «morte et lourde», traduce.

²¹ *De chorographia*, 3, 6. Trata allí conjuntamente de las «Hispaniae exteriori et septentrionalis Oceani insulae».

²² Manejamos la edición Teubneriana (a cargo de C. Frick, Leipzig 1880). Otros leen «bergarum». El traductor castellano de quien inmediatamente nos ocupamos interpretó «de los belgas».

²³ *Compendio geográfico i histórico de el orbe antiguo i descripción de el sitio de la tierra [...] de la librería de...* (1644; 2ª ed., Madrid 1780) p. 490-1 (comentario, pp. 412-3; no le choca tal ubicación).

tiempo del solsticio ningunas vienen a ser las noches, porque ya en esta estación, descubierto el sol manifestamente, no sólo en ellas muestra su resplandor, sino la mayor parte de sí mismo.

Y llegamos a Plinio el Mayor²⁴, quien también trata de su *Historia Natural* «de Britania e Hibernia» en estos términos, esta vez según una fiel traducción del médico de Felipe II Francisco Hernández²⁵:

Hay también cuarenta Orcades [...]. La postrera de todas las que se cuentan es Thule²⁶, en la cual mostramos, por el tiempo del solsticio no haber nocher algunas, pasando el sol por el signo de Cáncer, y por el contrario no haber días por el tiempo de la bruma, las cuales piensan algunos ser de seis meses continuados [...]. Otros hacen mención de otras, como son Escandia, Dumna, Bergos y, la mayor de todas, Nerigo²⁷, de la cual se navega, según ellos dicen, a Thule. Dista el mar congelado, que algunos llaman Cronion, de Thule, por navegación de un día.

Seguimos, pues, en la realidad, aunque sea entrevista y limitadora. Lo mismo que en los siguientes escritores helenísticos y latinos que ya nos enlazan con el Sevillano, desde mediada la tercera hasta comenzada la sexta centuria.

INSENSIBLE TRANSITO DE LA ANTIGÜEDAD AL MEDIEVO

Solino²⁸, lo mismo que Plinio, establece una continuidad entre las islas todas que hay al norte de Escocia, desde las

24 Nat, 4, 16, 103-4.

25 *Historia Natural de Cayo Plinio Secundo trasladada y anotada por el doctor...*, I (Méjico 1966) pp. 220-1.

26 Tyle en el texto latino.

27 En el original, además de Tyle, los nombres son, aparte las Orcadas que no ofrecen problemas, Scandias, Dumnán, Bergos, Berricen y Cronium. Hemos manejado *Natural History* (ed. H. Rackham, Loeb Classical Library, Londres 1969; II, p. 198-9). El editor no identifica Tyle con Islandia, sino con el noroeste noruego; Bergos con Barra y Berricen con Lewis. Francisco Hernández, Tyle con Islandia, aunque consigna que otros prefieren hacerlo con Cambria; y Escandia con Escandinavia, aunque reconoce que esta última no parece la opinión del propio Plinio.

28 C. Iulii Solini, *Collectanea rerum memorabilium* (ed. T. Mommsen, 1895; 2ª reimp., Weidmann, Berlin 1958, pp. 101-2). En las adiciones de algunos códices (ibid., p. 219; 23-4 referencia del texto latino) hay noticias

adyacentes hasta la misma Thule, y en cuanto al mar que rodea a ésta concuerda del todo con Tácito:

Multae et aliae circa Britanniam insulae, e quibus Thyle ultima, in qua aestivo solstitio sole de Cancrī sidere faciente transitum nox nulla, brumali solstitio perinde nullus dies. Ultra Thylen accipimus pigrum et concretum mare.

Y se aventura a consignar algunas noticias sobre la vida de sus habitantes: «sed Thyle larga et diutina Pomona copiosa est; qui illic habitant principio veris inter pecudes pabulis vivunt, dein lacte hiemem conpercunt arborum fructus. Utuntur feminis vulgo; certum matrimonium nulli».

Por su parte, el griego Dionisio Periegetes, así llamado precisamente por el poema de su *Descripción de la tierra*²⁹, precave a los marinos que tengan sus naves bien equipadas si quieren llegar hasta Thule, de la cual describe igualmente el solsticio de junio. Dionisio que, cuando escribe, goza moviéndose sobre el papel de unas a otras latitudes extremas, libre de las coerciones de la realidad en la reconstrucción literaria de cualesquiera itinerarios, dejándose llevar de la ilusión alegre de andar sin trabas.

Y naturalmente que también en esa particularidad le sigue su fiel adaptador latino Prisciano³⁰, cuyos versos parecen crearnos con los vientos de una mar sin fronteras, y que desde nuestra isla hiperbórea se pasa a los confines de Asia donde tienen sus dominios los elefantes:

Oceani tranans hic navibus aequor apertum
ad Thylen venies, quae nocte dieque relucet
Titanis radiis, cum curru scandit ad axes
Signiferi, boreas succendens lampade partes.
At navem pelago flectenti aquilonis ab oris
ad solem calido referentem lumen ab ortu
aurea spectetur tibi pinguibus insula glebis.

que llegan a ser contradictorias en cuanto a la situación de Thule: por una parte *a Calidoniae promunterio Tylen petentibus biduis navigatio est*, y por otra *ab Orchardibus Tylen usque quinque dierum ac noctium navigatio est*. Estas mismas adiciones contienen los datos económicos y etnológicos que vamos a consignar inmediatamente.

29 Ed. G. Bernhard, con el comentario de Eustacio (Leipzig 1828; el pasaje que nos interesa, 579-83).

30 Manejamos la edición de Paul van de Woestijne, *La Priègèse de Priscien* (De Tempel, Brujas 1953) p. 71. Nuestro pasaje, 588-94.

Mas debemos retroceder en el tiempo para cambiar, aun mucho más radicalmente, de panorama mental.

LA INSPIRACION PROFETICA DE SENECA

Comenzábamos nuestro viaje por las letras latinas a la Ultima Thule con un Sevillano y le vamos a terminar con un Cordobés.

Séneca en su *Medea*³¹, y en uno de los pasajes más conocidos de toda su obra. Es en la escena tercera, cuando Medea ha confiado a su nodriza sus propósitos de vengarse de su marido Jasón y pide un día de plazo al rey Creón que la ha desterrado de Corinto. Al final el coro canta³² a los navegantes de todos los tiempos y sobre todo a los argonautas y se abre al futuro, a un porvenir en que el mar se dejará surcar sin trabas más allá de los horizontes hasta entonces conocidos, permitiendo ver otras tierras inmensas, con lo cual Thule ya no será extremo ninguno y habrá perdido su epíteto de última:

*venient annis
saecula seris, quibus Oceanus
vincula rerum laxet et ingens
pateat tellus Tethysque*³³ *novos
detegat orbis, nec sit terris
ultima Thule.*

Y son verdaderamente impresionantes el contenido y el tono a la luz de los eventos posteriores, de los post-colombinos para ser más precisos. ¿Pues el *Oceanus vincula rerum laxet* en futuro no concuerda casi literalmente con el *no vio El en el Océano un mar sin fin ni límite sino un camino fácil*, según lo escribía del Almirante en pasado

31 374-9. Véase la edición de ésta y otras tragedias de Séneca de H. Moricca (Corpus scriptorum latinorum Paravianum; 2ª ed., s.a.) pp. v-xiv.

32 Poético sin más, antes que dramático. Ya lo vio Corneille en el «examen» de su propia *Medea*: «Pour Sénèque, il y a quelque apparence qu'il ne lui fait pas prendre ces résolutions violentes en présence du chœur, qui n'est pas toujours sur le théâtre, et n'y parle jamais aux autres acteurs», ed. P. Lièvre (La Pléiade, Paris 1950) p. 558.

33 Algunos códices dicen Tiphisque; tal el que leyó Colón.

el 12 de octubre de 1892 José Zorrilla? ³⁴. Tanto que es difícil achacar a la fácil extrapolación los recuerdos que al pasaje dedicaron en aquellos sus días nuevos Pedro Mártir de Anglería, Fernández de Oviedo, Las Casas y Antonio de Herrera. Y uno está tentado de imaginarse si por la pluma del Cordobés no se expresó un inconsciente colectivo que se sentía ahogado ante los límites de los conocimientos de su tiempo por tener latente la realidad avasalladora que se escondía más allá de los mismos ³⁵.

Pero es más. El mismo Cristóbal Colón, de joven, había leído el pasaje en cuestión ³⁶ y traducídole de esta guisa: «vendrán los tardos años del mundo ciertos tiempos en los cuales el mar océano aflojará los atamientos de las cosas y se abrirá una grande tierra y un nuevo marinero como aquel que fue guía de Jasón que hubo nombre Typhis descubrirá nuevo mundo y entonces no será la isla Thule la postrera de las tierras».

En lo que a nuestro argumento dice, pues, una Thule que sin dejar de ser real es contemplada, al igual que en Virgilio si bien por muy otras motivaciones, cual un símbolo. Nada menos que el de todo el viento de la Historia, el de todos los vientos de la aventura humana.

LA CONTINUIDAD DEL NORTE ESCANDINAVO

Ahora bien, ¿qué isla, qué tierra era la Thule real con su capacidad simbólica y su sugestión fantasiosa? Porque las opiniones identificadoras han variado entre Islandia, las Feroes, las Shetland, e incluso las continentales Noruega, Suecia y Jutlandia.

³⁴ Poema dedicado a Cristo y a Colón, publicado con motivo del cuarto centenario en el diario «El Liberal».

³⁵ Recordamos aquí al historiador Pierre Chaunu: «Partie sans doute d'un foyer unique, l'espèce humaine vaincue par la distance a donc, tout au long de l'interminable préhistoire, vécu *les destins autonomes des cultures et des civilisations*» (*L'expansion européenne du XIII^e au XV^e siècle*, Paris 1969, p. 55).

³⁶ Quizás en 1476, el de su llegada a Portugal, o poco después. Le cita en el *Libro de las profecías*; véase por ejemplo, Salvador de Madariaga, *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón* (Méjico 1952) y pp. 502-507 sobre su sentido profético. Cf. U. Stefansson, *Ultima Thule* (Londres 1942).

Sin embargo, los seis días de navegación de Pytheas son incompatibles desde luego con las Shetland; con Noruega, Suecia y Jutlandia el mismo contorno de la península escandinava y del litoral báltico; y la índole de denso archipiélago de las Feroes, de pequeñas islas bien visibles y al alcance las unas desde las otras, con la unicidad de la designación de Thule. Por ello, y por los demás datos, expresos o intuidos, de las descripciones de Pytheas y sus seguidores, algunos desde luego ya enriquecidos por posteriores singladuras de navegación, sin perder de vista aquella condición extrema más allá de la cual el mar se tornaba inasequible, hay que convenir en que se trata de Islandia³⁷.

Lo que no quiere decir que tal haya sido la opinión, sobre el terreno, de todos los navegantes que, hasta entrada la Alta Edad Media, se aventuraron por aquellas septentrionales latitudes. Por lo cual vamos a permitirnos pormenorizar un poco.

Es un monje irlandés de principios del siglo IX, Dicuil³⁸, quien primero nos da indubitadamente noticia de las islas Feroes en su *Liber de mensura orbis terrae*³⁹:

Sunt aliae insulae multae in septentrionali Britanniae oceano, quae a septentrionalibus Britanniae insulis duorum dierum ac noctium recta navigatione plenis velis assiduo feliciter vento adiri queunt ... Illae insulae sunt aliae parvulae, fere cunctae simul angustis distantis fretis ... Nunquam eas insulas in libris auctorum memoratas invenimus.

Islas Feroes cuya polarización septentrional y a la postre⁴⁰ carácter escandinavo nadie puede poner en duda.

37 En la geografía actual, el topónimo se ha utilizado arbitrariamente para bautizar un poblado de la costa occidental de Groenlandia.

38 Quien precisamente se queja de que los sabios al escribir no hagan caso de la experiencia de los marinos.

39 7, 14-5. Manejamos la ed. de G. Parthey (Berlín 1870). Dicuil menciona reiteradamente a Thule y cita a Isidoro, Plinio, Prisciano y Solino. Sobre la identificación islandesa, tengamos en cuenta que todavía en 1845, la edición de Mela en la colección Nisard prefirió la de Jutlandia. En cambio la daba por supuesta, pongamos por caso, Eugenio de Ochoa al traducir las obras completas de Virgilio (Madrid, p. 771), en 1869.

40 Véase la obra colectiva, estudio completo, *Foroyar* (Copenhague 1958). Sin que neguemos los fundamentos, pero estimándolos accesorios, de la afirmación según la cual «por lo menos hasta el siglo XIII, las Feroes

En cuanto a las Shetland, casi equidistantes de las Feroes, de Noruega y de Escocia, por esa su latitud pueden ser tanto una despedida como un anticipo⁴¹. Una transición geográfica, pues, que se corresponde con la otra etnológica⁴². Habiendo sido precisamente un feroense, Jakob Jakobsen, quien recogió los vestigios de su lengua escandinava agonizante (1844-1918).

De todo ello nos parece deducirse que hay una cierta correspondencia entre el hallazgo geográfico y sus versiones literarias por una parte y por otra la evolución histórica de estas islas nórdicas desplegadas desde Escocia hasta el Círculo Polar, o sea de las Orcadas a Islandia. A la postre una cierta continuidad cultural también en este septentrión, que ya bien merece llamarse tal todo él, pero que en la Última Thule llega al símbolo y al misterio⁴³, del cual las Feroes son el solitario presagio que algunos navegantes pudieron muy bien confundir con aquélla. Islandia, «el país amasado con fuego y con hielo, el más maravilloso del mundo», las Feroes «el fecundo y hormi-

formaban parte culturalmente de la Europa Occidental antes que de Escandinavia. Todos los impulsos nuevos les llegaban del sur, de la Gran Bretaña; primero de Irlanda, luego de Escocia, de donde también salían los barcos que mantenían su contacto cultural y comercial con Noruega»; H. E. Keller, 'Les conquêtes du roi Artur en Thulé', en *Cahiers de civilisation médiévale* 23 (1980) 29-35.

41 Cf. Chr. Matras, 'Points of contact between Shetland and Feroes', en *The fifth Viking Congress. Tórshavn, july 1965* (Ed. Bjarni Nillasen, Tórshavn 1968) pp. 91-5.

42 Los editores recientes de la *Orkneyinga Saga*, H. Pálsson y P. Edwards (Londres 1978), advierten que tanto para estas islas como para las mismas Orcadas es preciso hablar de una cultura dual, escandinava y céltica. Como síntomas, a pesar de lo ya tardío de su tema, pueden consultarse L. Gjerlow, *Liturgia islandica* («Bibliotheca Arnarnaganaeana», 35-6; Copenhague 1980) pp. 182-3; y Sverri Dahl, *Extracts from a lecture on Kirkjubour*, en las actas del congreso citado en la nota anterior, pp. 187-92. También, *Les pays du Nord et Byzance* (Actas del coloquio de Upsala, 20-22/4/1978; ed. R. Zeitler, Upsala 1981). Ese dualismo ya no puede sostenerse de las Hebridas; véase Roland Williams, *The lords of the isles* (Londres 1984). Y como un botón de muestra de que el cambio de los tiempos ha tenido a esas latitudes lugar, incluso en aspectos más permanentes, a propósito de los elogios de Solino a la fertilidad islandesa, tengamos en cuenta el notorio empeoramiento de su clima y la reducción por las erupciones volcánicas de su tierra cultivable ya en días no tan alejados.

43 A estas alturas de los tiempos, todavía Islandia se halla un tanto marcada por la singularidad de su impronta geográfica. Así, el gran escritor alemán Ernst Jünger, en su reciente diario, ha sacado de sus viajes por ella la impresión de llevar una existencia soñolienta, enteramente fuera de la historia. Hemos manejado la versión francesa, *Soixante-dix s'efface. 1965-1970* (Paris 1984).

gueante regazo en medio del desierto del mar», en definiciones del gran novelista del archipiélago Willian Heinesen⁴⁴. Con ese su itinerario evocador en las letras griegas y latinas por el cual hemos nosotros tratado de viajar, antes de ser ellas mismas cantera literaria de la vieja lengua del norte. Y bien fecunda⁴⁵. Haciendo a los acantilados de las islas acreedores a ser comparados con uno de los cantos épicos del «Corpus Carminum Faeroensium»⁴⁶:

Eitt kvaédi skal standa sum fjallid ur sjóvg.

ANTONIO LINAGE CONDE

44 En su novela en danés *Den sorte gryde*. Hemos manejado la versión alemana *Der schwarze Kessel* (Berlín 1951) pp. 5 y 87.

45 Buena síntesis de la literatura de las Feroes en la conocida *Storia universale della letteratura* de Prampolini, 2ª ed. (Turín 1949 y 1951) III, pp. 367-74 y V, pp. 765-72.

46 Verso del filólogo y poeta Christian Matras, actual especialista de la lengua feroense.